ENRIQUE GASPAR

EL

ANACRONÓPETE

VIAJE Á CHINA-METEMPSÍCOSIS

ILUSTRACIÓN DE

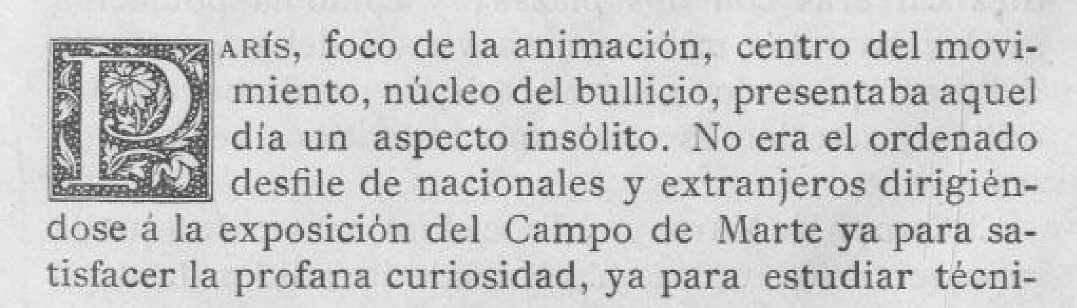
F. GÓMEZ SOLER



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
DANIEL CORTEZO y C.ª Calle de Pallars (Salón de S. Juan)
1887

CAPÍTULO PRIMERO

En el que se prueba que ADELANTE no es la divisa del progreso



PARÍS, foco de la animación, centro del movimiento, núcleo del bullicio, presentaba aquel día un aspecto insólito. No era el ordenado desfile de nacionales y extranjeros dirigiéndose á la exposición del Campo de Marte ya para satisfacer la profana curiosidad, ya para estudiar técni-

camente los progresos de la ciencia y de la industria. Mucho menos reflejaban aquellas fisonomías la alegre satisfacción con que los habitantes de la antigua Lutecia corren anualmente á ver disputar el gran premio en el concurso hípico destrozando palabras inglesas y luciendo trajes y trenes, capaz cada uno de satisfacer el precio del *handicap* y de saldar todos juntos la deuda flotante de algún Estado.

Verdad es que aunque época de certamen universal, pues desfilaba el año de 1878, no lo era de carreras, pues no iban transcurridos más que diez días del mes de Julio. Además no había vaivén; es decir que no acontecía lo que en aquellos casos, que la gente que se divierte se cruza en opuesta dirección con la que trabaja ó huelga. Todos seguían el mismo rumbo llevando impresa en la mirada la huella del asombro. Las tiendas estaban cerradas, los trenes de los cuatro puntos cardinales vomitaban viajeros que asaltando ómnibus y *fiacres* no tenían más que un grito:—¡Al Trocadero!

Los vaporcitos del Sena, el ferro-carril de cintura, el tram-way americano, cuantos medios de locomoción en fin existen en la Babilonia moderna, multiplicaban su actividad hacia aquel punto atractivo del general deseo. Aunque el calor era sofocante como de canícula, dos ríos humanos se desbordaban por las aceras de las calles, pues, exceptuando los vehículos de propiedad, París con sus catorce mil carruajes de alquiler, no podía transportar arriba de doscientas ochenta mil personas, concediendo á cada uno diez carreras con dos plazas; y como la población se elevaba á dos millones, en virtud del espectáculo del día á que todos querían asistir, resultaba que un millón y setecientos veinte mil individuos tenían que ir á pié.

El Campo de Marte y el Trocadero, teatro de aquella representación única, habían sido invadidos desde el

amanecer por la impaciente multitud que, no contando con billete para la conferencia que en el salón de festejos del palacio debía celebrarse á las diez de la mañana, se contentaba con presenciar la segunda parte, mediante el valor de la entrada, en el area de la Exposición. Los que ya no tuvieron acceso á ella, asaltaron los puentes y las avenidas. Los más perezosos ó menos afortunados se vieron reducidos á diseminarse por las alturas de Montmartre, los campanarios de las iglesias, las colinas del Bosque y las prominencias de los Parques. Tejados, obeliscos, columnas, arcos conmemorativos, observatorios, pozos artesianos, cúpulas, pararrayos, cuanto ofrecía una elevación había sido adquirido á la puja; y los almacenes quedaron exhaustos de paraguas, sombrillas, sombreros de paja, abanicos y bebidas refrigerantes para combatir al sol.

¿Qué ocurría en París? Hay que ser justos. Ese pueblo que así se admira á sí propio colocando sus medianías sobre pedestales para que el mundo los tome por genios, como se divierte consigo mismo caricaturándose en sus infinitos ratos de ocio, se conmovía esta vez con sobrada razón. La ciencia acababa de dar un paso que iba á cambiar radicalmente la manera de ser de la humanidad. Un nombre, hasta entonces oscuro y español por añadidura, venía á borrar con los fulgores de su brillantez el recuerdo de las primeras eminencias del mundo sabio. Y en efecto. ¿Qué había hecho Fulton? Aplicar á la locomoción marítima los experimentos de Wat ó de Papin á fin de que los buques caminasen con mayor rapidez venciendo más facilmente la resistencia de las olas con su fuerza impulsiva; pero salir en lunes de un puerto para llegar en martes á otro en que antes, á la vela y viento en popa, no hubiera sido posible fondear hasta el sábado, no puede decirse que fuera ganar tiempo sino perder menos á lo sumo. Stephenson, inventando la locomotora, le hacía devorar espacio sobre dos nervios de

metal; pero recorrer mayor distancia en menos minutos era siempre ir en busca del mañana por la senda del hoy. Lo mismo digo de Morse: transmitir el pensamiento por un alambre merced á un agente eléctrico, no destruye el que, aunque el fluido sea capaz de dar cuatro veces la vuelta al orbe terráqueo en un segundo, la idea tarde en volver á su punto de partida en cada revolución sobre la línea equinoccial la duocentésimo-cuadragésima parte de un minuto. Es decir que el resultado es fatalmente posterior en la noción del tiempo. Además, el no poderse prescindir de los conductores hace gráfica la definición que del telégrafo eléctrico daba en esta forma un individuo: «Perro muy largo al que se tira de la cola en Madrid y ladra en Moscou.»

Las hipótesis del famoso Julio Verne tenidas por maravillosas, eran verdaderos juguetes de niño ante la magnitud del invento real del modesto zaragozano vecino de la Corte de las Españas. Bajar al centro de la tierra es cuestión de abrir un orificio por donde verificar el descenso; imitar á los habitantes de Ergastiria que muchos siglos antes de la era cristiana, ya penetraron en los abismos del Laurium para desenterrar el plomo argentífero. El trayecto era más corto; pero la carretera la misma. Navegar en los aires por la ingeniosa teoría del soplete, no ofrece otra ventaja que reducir la dirección á la voluntad del aereonauta suprimiendo la maroma con que en la batalla de Fleurus hacía transportar Jourdan los Montgolfier para descubrir la posición del enemigo. Ir al polo esperando el deshielo es obra de pura paciencia; copia servil aunque sabia de esas personas que, para hacer compras en un almacén, aguardan á que la tienda esté en liquidación. Por lo que al Nautilus respecta, mucho antes que Verne ya había hecho una prueba felicísima con el *Ictineo* nuestro compatriota Monturiol. Para relatarnos lo que existe en el fondo de los mares basta reunir

un congreso de buzos. Y sobre todo (perdón si me repito) que arrancar en lunes del terreno de aluvión para llegar en martes al eoceno, en miércoles al permeano y concluir la semana en el mar de fuego; trasladarse en veinte horas desde Francia al Senegal por la vía aérea; ó alcanzar por la submarina el fin de un viaje más tarde ó más temprano, pero siempre *después*, encierra una idea de posterioridad que hace monótona la misión de la ciencia, corriendo invariablemente tras el mañana como si el ayer le fuese conocido.

El mundo es la casa de la humanidad, cuyos habitantes al irse multiplicando, van añadiendo pisos á la fábrica con el fin de estar con más holgura; pero sin cuidarse de estudiar los cimientos del edificio, para cerciorarse de que podrá resistir el peso abrumador que le echan encima. Cuando tan desfigurado vemos media hora después el hecho de que hemos sido testigos treinta minutos antes ¿podemos confiar ciegamente en los relatos que la historia nos hace de los tiempos primitivos sobre los que fundamos nuestra conducta por venir? Si por una serie de deducciones Boucher de Perthes creyó probar la existencia del hombre fósil, ¿no es posible que el fémur que él tomó por humano perteneciera en la escala zoológica á algún congénere de la montura del escudero de don Quijote? El pasado nos es absolutamente desconocido. Las ciencias retrospectivas al estudiarlo, proceden casi por inducción, y mientras no tengamos conciencia del ayer, es inútil que divaguemos sobre el mañana. Antes que ir á la negación por las hipótesis del futuro, aprendamos á creer en Dios tocando de cerca los maravillosos orígenes de su colosal obra de arquitectura.

Tales eran los principios filosóficos del doctor en ciencias exactas, físicas y naturales don Sindulfo García, y su aplicación el espectáculo á que aquel pueblo, ávido de emociones, concurría en masa con la ansiedad y la duda que necesariamente debía despertar en

él lo que, á pesar de llamarse París el cerebro del mundo, no cabía en su cabeza.

—Pero, diga usted, señor capitán—preguntaba á uno de húsares de Pavía un caballero que con diez y nueve individuos más se dirigía en ómnibus al sitio de la experiencia. Usted como español debe estar enterado del mecanismo del Anacronópete.

—Dispense usted—respondió el interpelado:—Yo sé batirme contra los enemigos de mi patria; ser comedido con los hombres, galante con las señoras; conozco la disciplina, la táctica y la estrategia; pero en punto á navegar por el aire sólo he aprendido a ser manteado en el colegio cuando no tenía la petaca bastante repleta para abastecer á mis condiscípulos.

—Con todo—insistía el preguntón.—Á mí se me figura que en calidad de compatriota del sábio inventor del aparato, debe usted poseer nociones más exactas de él que un extranjero.

—Me honro con el título de español y soy además sobrino del señor García; pero no tengo más luces sobre el asunto que cualquier otro.

La noticia del parentesco del capitán con el coloso científico, redobló la curiosidad de los viajeros, que empezaron á querer encontrar en él huellas de su tío, como en las desiertas llanuras de Maratón ó entre los viñedos de los campos cataláunicos buscamos las pisadas de Milcíades ó el casco del corcel de Atila. Las mujeres preguntaban si don Sindulfo era casado; los hombres si tenía alguna condecoración, y todos si era pariente de Frascuelo.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué se propone?—decía uno.

—Lo que estamos hartos de hacer los franceses—exclamaba un patriota exaltado.—Viajar por los aires.

—Sí; mas con dirección fija y con una velocidad vertiginosa—argüía prudentemente un guardia nacional reparando que el húsar echaba mano del sable

sin más intención que la de colocárselo á su gusto.

—No niego—objetaba un cuarto—que es maravilla y grande surcar á medida del deseo las corrientes atmosféricas; pero esto más tarde ó más temprano hubiera acabado por hacerse. Lo que no concibe la inteligencia humana, es que con ese vehículo pueda el hombre retrogradar en el tiempo saliendo *hoy* de París después de comer en Véfour para llegar *ayer* al monasterio de Yuste y tomar chocolate con el emperador Carlos V.

—Eso es imposible—gritaron todos.

—Para nosotros los ignorantes—prosiguió el que hacía uso de la palabra.—No así para la ciencia que ha sancionado la invención en el congreso último. De todos modos, pronto saldremos de dudas. El señor García parte hoy en su Anacronópete para el caos, de donde se propone regresar dentro de un mes trayendo las pruebas de su expedición fabulosa.

—Apuesto á que el inventor es un bonapartista que quiere poner de nuevo sobre el trono de Francia al traidor de Sedán—vociferaba el patriota.

—Ó traernos el Terror con Robespierre—decía apretando los puños un partidario de la causa legitimista.

—Poco á poco—argumentaba un sensato.—Si el Anacronópete conduce á deshacer lo hecho, á mí me parece que debemos felicitarnos porque eso nos permite reparar nuestras faltas.

—Tiene usted razón—clamaba empotrado en un testero del coche un marido cansado de su mujer. En cuanto se abra la línea al público, tomo yo un billete para la víspera de mi boda.

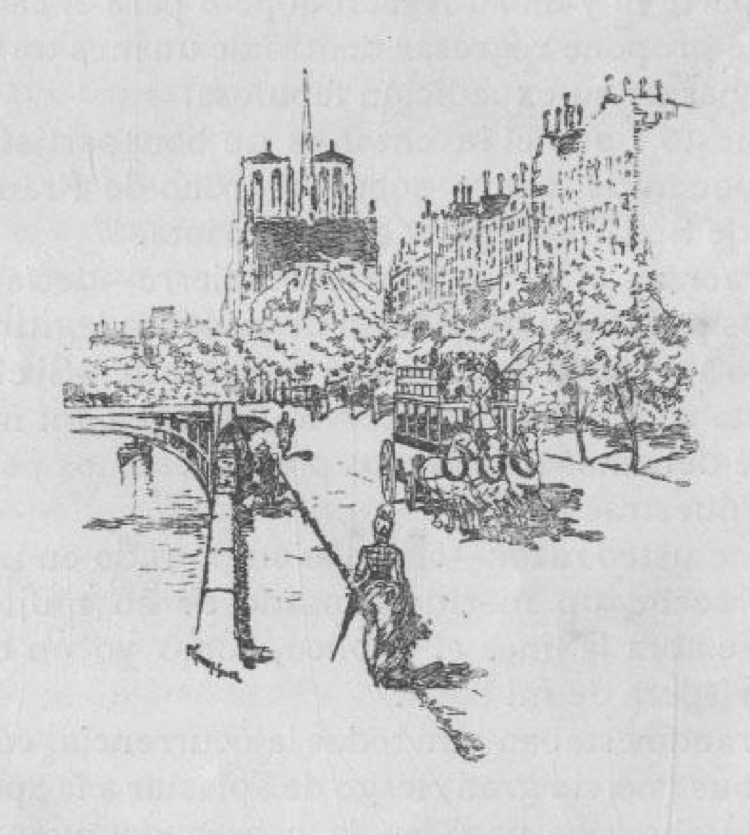
Celebrando estaban aún todos la ocurrencia, cuando el ómnibus (no sin gran riesgo de aplastar á la apiñada muchedumbre) se paró en la cabeza del puente; y, apeándose, cada cual trató de abrirse paso como pudo para dirigirse á su destino.

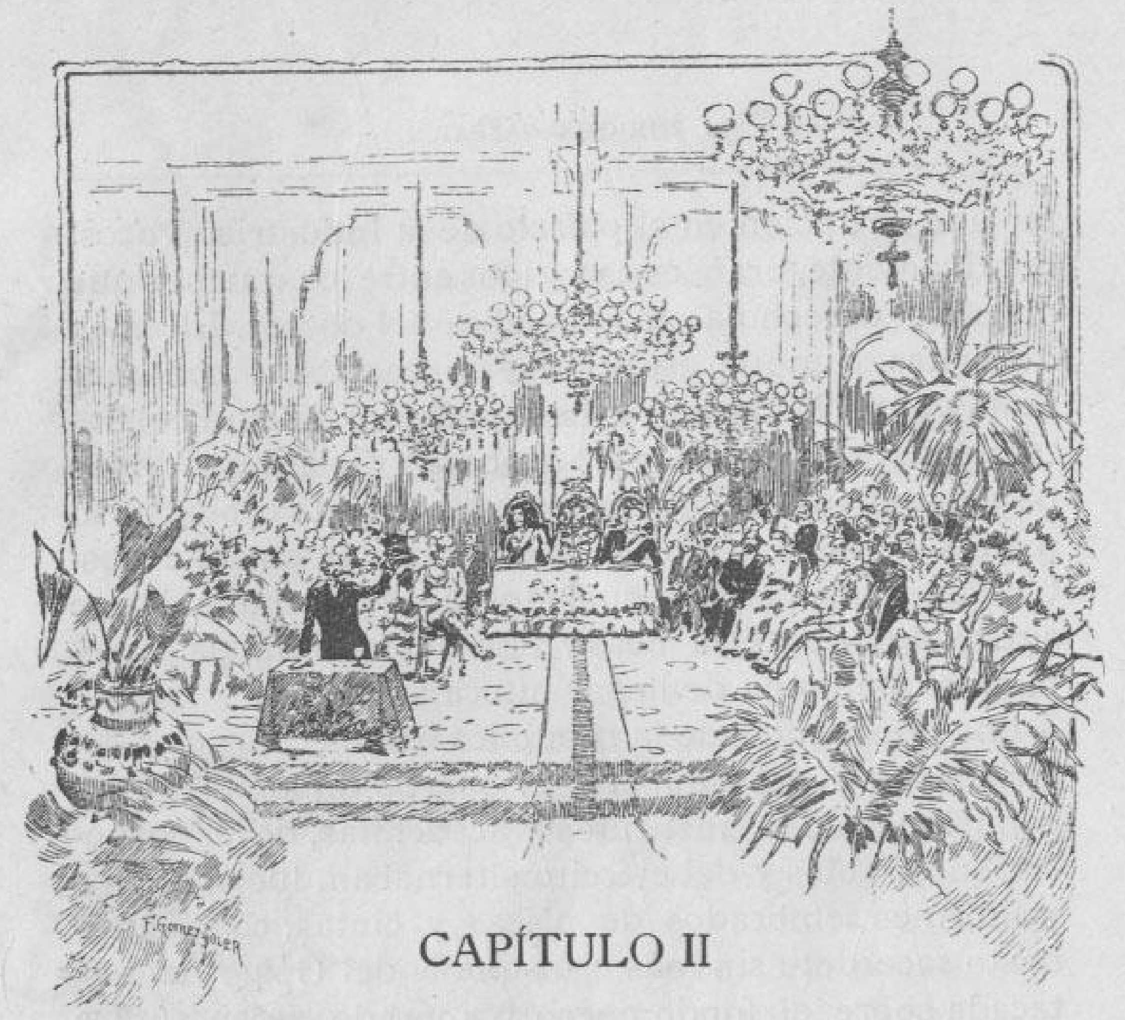
Parece ficción lo que acabamos de oir, y sin embargo

nada hay más positivo. El doctor don Sindulfo García se aprestaba á hacer el experimento práctico de la resolución del más arduo problema que hasta hoy registran los anales científicos: viajar hacia atrás en el tiempo.

¿Qué análisis había hecho de él? ¿Á qué clase de cuerpos pertenecía, lo que hasta hoy era una idea abstracta, que así podía someterse á la descomposición? ¿De qué agentes se valía para ello? ¿Qué colosal sistema era ese con que amenazaba llegar al descubrimiento de la verdad retrogradando, en un siglo que busca sus ideales en el mañana y que acepta el «adelante» como fórmula del progreso?

El capítulo siguiente nos lo dirá.





CAPÍTULO II

Una conferencia al alcance de todos

COMPONÍASE el espectáculo de dos partes. En la primera el sabio español se despedía de sus colegas, de las autoridades y del público de París con una conferencia dada en el palacio del Trocadero, en la que, supliendo el tecnicismo con demostraciones vulgares, se proponía hacer comprensible á los menos versados en ciencias, los principios fundamentales de su invención. Formaba la segunda la elevación del monstruoso aparato desde el Campo de Marte hasta la zona atmosférica en que debía realizarse el viaje. Para ser testigo presencial de la última, bastaba haber satisfecho la cuota de entrada en el recinto de la exposición, trepar á las eminencias ó diseminarse por las llanuras en espacio abierto; y es lo que, como hemos visto, hicieron las masas desde que empezó á alborear, poniendo á prueba la prudencia y los puños de la gendarmería que al fin logró evi-

tar una irrupción en el palacio de la Industria. Pocos, relativamente, eran los escogidos entre los muchos que alegaban derecho á oir la palabra del doctor. El salón de fiestas, aunque espacioso, no bastaba á contener tanta gente. Ninguno de los espectadores seguía el tratamiento del *anti-fat*, y sin embargo diríase que todos habian enflaquecido, pues en cada asiento cabía por lo menos persona y media. Las entradas estaban obstruídas y los pasillos cuajados de esa multitud que aguarda paciente la ocasión de avanzar un paso, sabiendo que no ha de llegar nunca á la meta.

Los presidentes de la república, de los cuerpos colegisladores y del gabinete; el cuerpo diplomático, las comisiones de los institutos y academias, de las corporaciones sabias y del ejército alternaban, luciendo sus uniformes sembrados de placas y cintas, con el modesto sacerdote sin más cruz que la del Gólgotha destacada sobre el fondo negro ó morado de su túnica talar. Algunos fracs, aunque pocos, pues en Francia raro es el que no tiene uniforme, asomaban como con vergüenza su condición civil entre océanos de seda, cascadas de blondas, montes de brillantes y nubes de cabellos, negras unas como de tempestad, rubias otras como estratos heridos por el sol poniente y casi ninguna del color que anuncia la nieve en el invierno de la vida: que mujer y vieja va siendo ya cosa incompatible en la patria de Violet y de Pinaud.

Por fin sonó la hora: una ondulación de curiosidad vibró en el recinto y la puerta, abierta de par en par por dos ujieres, dió paso á la comisión científica, á la derecha de cuyo presidente caminaba el héroe con la modestia propia del talento impresa en el semblante. Todo en él era vulgar. Su nombre más que de sabio parecía de barba de sainete. Su apellido no estaba ligado por ninguna partícula á esas hojas patronímicas que, como Paredes, ó Córdoba, prestan frondosidad á los árboles genealógicos é impiden la falta de respeto

con que un vástago ilustre de los García, la Malibrán, es nombrada en el mundo del arte cual pudiera serlo la Bernaola en el de los criminales célebres. Llevaba sus cincuenta años, no con el soberbio orgullo del titán aportando la piedra para escalar el cielo, sino con la resignación del mozo de cordel que transporta un baúl. Pequeñito, con sus guedejas lisas y en correcta formación, el traje muy cepilladito y como colgado de su armazón de huesos, tenía una de esas caras que parecen hechas bajo la influencia del nombre del que las ha de ostentar. En suma, era digno de llamarse D. Sindulfo García y merecedor del apodo de *Pichichi* que su criada le había puesto por sambenito. Tal era la envoltura que la sabiduría eligiera para asombrar al mundo probando una vez más que bajo una mala capa se esconde un buen bebedor.

La comisión tomó asiento debajo del órgano monumental; el presidente agitó una campanilla de plata, la sesión quedó abierta, y el inventor del Anacronópete pasó á ocupar la tribuna á través de una tempestad de aplausos que apagó, no su voz harto débil é insonora, sino el movimiento de sus labios que hizo comprender á la multitud que había pronunciado el sacramental «señores» comienzo de todo discurso.

Restablecido el silencio, el héroe se expresó de esta manera.—Seré breve porque cuantas más horas consuma más alargo la distancia que me separa del ayer á donde me dirijo. Seré vulgar, porque, sancionadas mis teorías por el mundo sabio, sólo me resta hacerme comprender de todos. Ello no obstante contestaré á cuantas objeciones se me hagan.

Mi propósito nadie lo ignora, es retroceder en el tiempo, no para detener el continuo movimiento de avance de la vida, sino para deshacer su obra y acercarnos más á Dios encaminándonos á los orígenes del planeta que habitamos. Pero para explicar cómo se deshace el tiempo, es preciso que antes sepamos de

qué se compone este. Procedamos con orden. Dios hizo el cielo y la tierra: aquel oscuro; esta en la forma caótica. Después dijo:—«Sea hecha la luz»—y la luz quedó hecha. Tenemos pues al Sol flotando en la bóveda celeste y al orbe suspendido en el espacio por la atracción solar.

Cualquiera sabe, desde que Galileo demostró el principio de la rotación de la esfera, que el mundo se mueve; pero lo que no ha dicho la ciencia todavía, es por qué la tierra al girar verifica su movimiento de occidente á oriente en vez de hacerlo á la inversa; y esto es lo que yo voy á exponer como base de mi sistema anacronopético.

El auditorio dejó escapar un murmullo de satisfacción, y el sabio continuó de este modo su conferencia:

—La Tierra en un principio estaba sumida en el caos; era una inmensa bola de fuego que, como todo cuerpo incandescente, exhalaba esos vapores que conocemos con el nombre de irradiación. Fija en su eje, pues como obra acabada de crear no había empezado aún las revoluciones que el Hacedor le impuso, su calor era infinitamente más intenso por Oriente en virtud de la influencia del sol que constantemente la estaba bañando por aquella parte. Los que hayan visto fundirse en una marmita sustancias bituminosas habrán observado la enorme cantidad de vapor que se desprende de ellas. Figúrese por lo tanto el que despediría la fusión de un esferóide cuyo volumen es de mil setenta y nueve millones de miriámetros cúbicos. El más lego concibe que semejantes evaporaciones no podían tener lugar sin que cada desprendimiento fuese acompañado de un estampido y de una convulsión. Ahora bien, si al dispararse un cañonazo, la repercusión hace que el cañón retroceda, cada descarga de la irradiación debía llevar consigo dislocaciones en la esfera terráquea. Y como las descargas se repetían con más frecuencia é intensidad por la parte Oriente del

planeta en razón del mayor calórico que el sol le suministraba, los repetidos retrocesos originados hacia aquel lado por las constantes sacudidas dieron por resultado la rotación del esferòide sobre su eje, en la dirección de Poniente á Levante, sabiamente prevista por la Providencia para la periódica sucesión de los días y las noches, y tan duradera como á su omnipotente arbitrio plazca que sea el fuego central que le sirve de motor.

Un prolongado hurra acogió esta teoría tan nueva como atrevida é inesperada. El doctor sin humedecerse la boca—lo que no dejó de llamar la atención de los oyentes, acostumbrados á ver á sus oradores hacer siempre uso del agua en la peroración,—reanudó así el hilo de la suya.

—Todo fenómeno obedece á una causa; y sin embargo han transcurrido dos siglos y medio desde que el inventor del termómetro y del compás de proporción, el sabio de Pisa que por el isócrono movimiento del péndulo enseñó á medir las pulsaciones de la arteria y á contar los segundos, Galileo en fin, nos dijo que la Tierra se movía, hasta hoy que nos ha sido revelada la razón de un hecho tan sencillo. Pero ¿basta esto? De ningún modo. Si todo fenómeno obedece á una causa, preciso es también que tenga un fin, que produzca un resultado, que llene un objeto.

«La Tierra se mueve» grita un hombre; y en seguida la ciencia pregunta: «¿Porqué se mueve?» «Por el desprendimiento de calórico» responde la observación; pero acto continuo la filosofía da el alto, cruza el arma y exclama á su vez: «¿Y para qué se mueve?»

Vamos á contestar á la filosofía. La Tierra se mueve para hacer tiempo. Nuestro planeta que, como hemos visto, no era más que una masa incandescente, llegó á solidificar su corteza, vió surgir de su superficie montañas colosales, llenó de mares sus senos, vistió su aridez con una flora sorprendente y poblóse de una fauna riquísima. ¿Cómo se operó este milagro? Muy senci-

llamente; por la acción del tiempo: por una sucesión de días ó de épocas cuyo trabajo presidía la sabiduría y la voluntad del Hacedor Supremo, el cual permite que la revolución continúe para perfectibilidad del hombre y admiración de su omnipotencia. Las transformaciones del globo son pues la obra del tiempo. Pero ¿quién es este artífice? ¿Dónde están sus materiales? ¿Cuál es su laboratorio? El artífice es la irradiación; sus materiales están en la zona gaseosa; su laboratorio es el espacio: EL TIEMPO ES LA ATMÓSFERA. Todas las maravillas que la naturaleza, la ciencia, el arte y la industria presentan hoy á nuestra admiración y que creyéndolas la expresión genuina del progreso nos llenan de orgullo, proceden íntegras de esa región en que el hombre no ha sabido encontrar hasta ahora más que aire, lluvia, relámpagos, rayos, truenos y media docena más de accidentes meteorológicos. Refrenad vuestra impaciencia: voy á probar lo expuesto con una demostración práctica. Á mí me gusta que la convicción llegue al ánimo por el sentido de la vista.

Una oleada que amenazaba ser una explosión se produjo en el auditorio. El presidente agitó su campanilla, y el disertante, que se había vuelto de espaldas un momento, volvió á reaparecer de frente teniendo en la mano un sombrero de copa cuyo cilindro envolvía una de esas enormes gasas con que el hombre va diciendo que está de luto á los que no se lo preguntan, por lo poco que les importa.

La gasa, dispuesta previamente para el caso, daba cinco ó seis vueltas al sombrero y no estaba adherida á este más que por su cabo interior. Don Sindulfo empezó á desenvolverla entre las carcajadas de la muchedumbre, que en aquella, como en todas las circunstancias de la vida, aprovechó la que se le presentaba de abandonarse á su condición frívola y bullanguera.

El sabio, como si nada oyese, continuó su tarea; dejó flotar el crespón cosido por un borde á la copa y, ex-

hibiendo la sedosa felpa del sombrero, dijo, señalando el cilindro libre de toda envoltura:

—He aquí la Tierra en su estado incandescente tal y como á Dios le plugo arrojarla en el espacio infinito. Como veis, está fija, inmóvil; pero de pronto, la irradiación representada por esta gasa produce un desprendimiento; este por la repercusión origina una dislocación en el globo y la esfera principia á girar sobre su eje dando lugar al tiempo que no es otra cosa que el movimiento incesante.

Y así diciendo, mientras con la mano derecha tendía la gasa simulando una columna de humo que se elevase, con la izquierda imprimía una imperceptible rotación al sombrero.

—Mirad el tiempo—proseguía señalando el crespón. —¿Queréis saber cómo por una sucesión no interrumpida de segundos se convierte en minerales, en plantas y en seres orgánicos? ¿Cómo del alga llega al jardín de aclimatación, del caolín al aderezo de diamantes, de la caverna á la arquitectura, del trilobito con sus tres lóbulos, á la frente del hombre y al cálculo infinitesimal? Seguidle conmigo á su laboratorio atmosférico.

La estupefacción estaba pintada en todos los semblantes. El doctor dejó escapar una sonrisa de triunfo, heraldo de su convicción, y remondándose el pecho continuó así:





CAPÍTULO III

Teoría del tiempo: cómo se forma: cómo se descompone

UALQUIERA que haya visto hervir en un hornillo una cazuela de sopas, habrá tenido que fijarse necesariamente en el fenómeno de transformación que se verifica en el vaho al escaparse por la campana de la chimenea. Lo primero que hace es enfriarse y convertirse en gotas de agua que paralizan la ebullición si caen en el fondo del recipiente; ó bien se trueca en hollín si la condensación tiene lugar á tal distancia del fuego que le permite solidificarse. Es decir que si la cazuela continuara hirviendo durante una serie no interrumpida de años, concluiría por formarse en la superficie de las sopas una película ó corteza producto de los desprendimientos de los vapores, ni más ni menos que la que se forma en el fogón y que acabaría por petrificarse á fuerza de tiempo. Pues apliquemos este principio á nuestro caso.

El sombrero es la tierra; la gasa el vaho. Éste sube y se condensa; pero aquella gira y lo envuelve del mismo modo que la faja se lía en la cintura del chulo ó el turbante en la cabeza del musulmán. Y aquí tienen ustedes cómo por esta rotación la primera capa del crespón oculta ya la seda del sombrero como la primera película sólida del globo ocultó la masa ígnea del planeta. La gasa aparece llena de pliegues y hendiduras. ¿Qué representan? Los montes y las llanuras obra del tiempo. ¿En dónde se ha producido este tiempo? En la atmósfera. ¿Es decir que el Himalaya y la montaña del Príncipe Pío; el valle de Josafat y el de Andorra nos han caído de las nubes? Indudablemente. ¿Cómo? Así: los espantosos huracanes que entonces reinaban, barrían hacia un punto dado las sustancias en fusión de la superficie de la Tierra que, aglomeradas y acumuladas, formaban puntos prominentes, del mismo modo que cuando soplamos en un plato de sémola, la sopa se llena de montoncitos. Por otra parte las continuas descargas eléctricas abrían zanjas en la corteza del esferóide ó la deprimían produciendo cauces por los que corría la masa incandescente que son los filones de hoy. Vinieron por último las lluvias torrenciales que, enfriándolo y solidificándolo todo, dieron lugar á la formación del terreno primitivo ó sea de la primera capa consistente (contando de abajo arriba) de esta corteza de ochenta kilómetros que nos sirve de pedestal.

«Poco á poco, me objetará alguno: Yo no veo en esas revoluciones atmosféricas sino agentes modificadores de las propiedades del globo; pero nunca la idea del tiempo. Obra de éste es indudablemente el mundo; sin embargo, la razón no admite que los minerales, los vegetales y los animales que en sí encierra, sean producto del rayo, del huracán ó de la lluvia.»

¿Qué es el tiempo? preguntaré yo contestando. El tiempo es el movimiento; en la inacción no hay ni an-

tes ni después. ¿ Quién ha impreso el suyo en la Tierra ? La irradiación, el desprendimiento de calórico, el vaho en fin por las repercusiones de sus descargas. ¿ De qué agentes se componía este vaho ? De todos los que hoy constituyen nuestro planeta ; y la prueba es que si la Tierra no se hubiese movido, los gases, perdiéndose en el espacio, nos hubieran dejado sin globo llevándose con la evaporación todas sus substancias. Luego la atmósfera, recibiendo incesantemente las respiraciones del planeta, y devolviéndoselas transformadas, es el laboratorio donde se operan las metamórfosis cósmicas, donde el movimiento se realiza y donde por consiguiente el tiempo se produce. ¡ Cómo ! ¿ Vosotros no veis en la lluvia más que la gota de agua, la chispa en el rayo, la ráfaga en el huracán ? Levantad el espíritu y adorad al Creador que os envía en esos fluidos el mañana incesante, como hace cerca de siete mil años os mandó el hoy en que vivís y sus maravillas que admiráis. Las nubes arrojaron la columna de Santa Sofía en Constantinopla y el obelisco de Sixto V en la ciudad Eterna trayéndonos en sus gotas el pórfido rojo de Egipto con sus cristalizaciones blancas. De su laboratorio bajaron las agujas de Louqsor y la columna de Pompeyo. El bermellón con que el hijo de David y Betsabé mandó pintar el templo de Jehová, ¿ quién lo produjo sino el cinabrio llovido sobre Almadén en la Mancha ? La cal y el carbono desprendidos de las entrañas del nimbo, os regalaron las casas que habitáis procurándoos las calcáreas y las calizas, de que extraéis el mortero y con que talláis la ménsula. En el mismo chaparrón en que venía envuelta la marga para ladrillos, llegaba el caolín que con el feldespato se vitrificaba para procuraros tazas en que tomar los alimentos y porcelanas con que adornar vuestros salones. ¿ Dónde estarían los ferro-carriles que atraviesan el Mont-Cénis y el San Gotardo y los vapores que, como el Vega, se abren ya camino por

el estrecho de Behring, sin la acción atmosférica que descomponiendo la vegetación del período carbonífero elaboró la hulla? ¿Negaréis que en cada gota existía el germen de una locomotora ó de una goleta y en cada temporal el de un tren ó de una escuadra? Pero no llovían sólo medios de locomoción; del llanto de la zona gaseosa se desprendían chimeneas, alumbrados públicos y caricias femeniles: porque extraído el hidrógeno de la hulla, aquel levantaba fábricas de gas, mientras sus residuos metamorfoseados en cok congregaban á la familia al amor de la lumbre ó servían para firmar las paces entre marido y mujer cuando, carbono cristalizado, se presentaban en la forma de diamante. La brújula y el telégrafo eléctrico tuvieron por inspirador al rayo. ¿Qué sería de la humanidad sin el mercurio que así le señala las variaciones de la temperatura como le sirve para la extracción del oro y de la plata? Pero aún hay más. En los elementos constitutivos de los fenómenos atmosféricos, Dios permite que vengan á la tierra en embrión las conchas, las tortugas, las aves, los reptiles y los mamíferos de la época secundaria; y que, purificado el aire por la absorción que del ácido carbónico ha hecho la vegetación carbonífera, sople ya tan respirable en el período terciario para la familia orgánica, que el infusorio, caído en la tierra con la gota de lluvia, se desarrolle, se cruce y se agigante convirtiéndose en mastodonte, hipopótamo, rinoceronte, caballo, toro, búfalo, ciervo, dromedario, tigre y león. Por fin, el terreno cuaternario nos presenta el mamut, el auroch, el urus, el gamo, el ciervo y el megaterio; hasta que la Providencia para coronar su obra, toma una porción de aquella arcilla elaborada al efecto durante seis días ó épocas, y, modelando con ella una figura, le comunica su Divino soplo, la llama hombre y le proclama por su inteligencia rey de la creación. Señores, las envolturas concéntricas de la gasa simbolizan las épocas geológicas de la naturaleza.

Estas épocas deben considerarse como las matemáticas del mundo. ¿No son producto de evoluciones atmosféricas? Sí. ¿No contamos por ellas la edad del globo? Sí. Pues si cada película es una serie de siglos, cada gota, cada chispa, cada ráfaga debe ser una porción de segundo; luego las horas se ciernen en el espacio: afirmemos pues que el tiempo es la atmósfera.

El entusiasmo, reprimido en el auditorio por efecto de la admiración, estalló en la primera pausa propicia, y una tempestad de aplausos y aclamaciones retumbó en el recinto haciéndose extensiva hasta los corredores donde la gente aplaudía por espíritu de imitación. Uno de los concurrentes, levantándose del asiento con gran extrañeza del público que creía que abandonaba el local, se encaró con el sabio y le dijo:

--¿Se me permite exponer una duda?

—Todas cuantas se originen—respondió don Sindulfo.

—Si el orador considera al tiempo como una faja densa, ¿no es de presumir que dada la depresión de todo cuerpo esférico por sus polos, los de la tierra queden sin envoltura como la imperial del sombrero y el aro ó círculo de la cabeza han quedado sin gasa en la demostración?

—Es indudable; y eso no hace sino confirmar mi tesis. Probado que la atmósfera es el tiempo y que el tiempo lo forman los acontecimientos, si nadie ha ido todavía á los polos, en los polos no ha sucedido nada; y no haciendo falta el crespón ó envoltura allí donde no hay vitalidad, esta economía de atmósfera ha sido la sisa del sastre naturaleza.

Una sonora carcajada acogió la humorística refutación del sabio, quien sin inmutarse prosiguió el curso de su conferencia.

—Nada más simple, señores, que descomponer un cuerpo cuando los elementos que lo componen nos son conocidos. Si yo sé que este signo de luto de mi som-

brero lo forman capas concéntricas de gasa liadas al rededor del cilindro, con irlas desenvolviendo en sentido contrario al que ellas emplean en su revolución envolvente, es indudable que llegaré á dejar á descubierto la copa; lo cual aplicado al cosmos significa que á fuerza de desliar zonas geológicas se ha de tropezar con el caos. Ahora bien: ¿Cómo tiene lugar esta descomposición? Para explicarlo satisfactoriamente es preciso que me ocupe un poco de mi aparato. El Anacronópete, que es una especie de arca de Noé, debe su nombre á tres voces griegas: *Aná* que significa hacia atrás, *cronos* el tiempo y *petes* el que vuela, justificando de este modo su misión de volar hacia atrás en el tiempo; porque en efecto, merced á él puede uno desayunarse á las siete en París, en el siglo XIX; almorzar á las doce en Rusia con Pedro el Grande; comer á las cinco en Madrid con Miguel de Cervantes Saavedra—si tiene con qué aquel día—y, haciendo noche en el camino, desembarcar con Colón al amanecer en las playas de la virgen América. Su motor es la electricidad, fluido á que la ciencia no había podido hacer viajar aún sin conductores por más que estuviese cerca de conseguirlo—y que yo he logrado someter dominando su velocidad. Es decir que lo mismo puedo dar en un segundo, como locomoción media, dos vueltas al mundo con mi aparato, que hacerlo andar á paso de carreta, subirlo, bajarlo ó pararlo en seco. Dado el agente impulsor, todo lo demás son procedimientos mecánicos cuya relación ningún interés despertaría, especialmente en un público que sabe de memoria las obras de Julio Verne; obras de entretenimiento que si bien no he de comparar con el solemne carácter científico de mis teorías, encierran no obstante hipótesis basadas en estudios físicos y naturales que me eximen de explicaciones enojosas sobre el regulador, los compensadores, termómetros, barómetros, cronómetros, anteojos de gran potencia, recipientes de potasa, apa-

rato Reiset y Regnaut para producir el oxígeno respirable y tantos otros detalles rudimentarios. Elévome, pues, al centro de la atmósfera, que es el cuerpo que se trata de descomponer y al que seguiré llamando tiempo. Como el tiempo para envolverse en la tierra camina en dirección contraria á la rotación del planeta, el Anacronópete para desenvolverlo tiene que andar en sentido inverso al suyo é igual al del esferóide ó sea de Occidente á Oriente. El globo emplea veinticuatro horas en cada revolución sobre su eje ; mi aparato navega con una velocidad ciento setenta y cinco mil doscientas veces mayor ; de lo cual resulta que en el tiempo que la Tierra tarda en producir un día en el porvenir, yo puedo desandar cuatrocientos ochenta años en el pasado.

Ahora bien ; lo primero que salta á la vista es que, cualquiera que sea la velocidad de la locomoción y la altura á que ésta se verifique, el Anacronópete no ha de hacer más que describir una órbita al rededor de la tierra como la que al rededor de los planetas describen los satélites ; y así sucedería en efecto si la atmósfera permaneciera inalterable ; pero como la descompongo, en cada vuelta deshago su obra de un día y allí donde me paro allí está el ayer. Veamos cómo se verifica este fenómeno.

Dícese vulgarmente que para conservar las sardinas de Nantes y los pimientos de Calahorra hay que extraer *el aire* de las latas. Error. Lo que se extrae es *la atmósfera* y por consiguiente *el tiempo ;* porque el aire no es más que un compuesto de nitrógeno y oxígeno, mientras que la atmósfera, además de constar de ochenta partes del primero y veinte del segundo, lleva en sí una porción de vapor de agua y una pequeña dosis de ácido carbónico, elementos todos que no se separan nunca al llenar un vacío. Pero apartémonos de la ciencia y vengamos al razonamiento vulgar.

Figurémonos que el mundo es una lata de pimien-

tos morrones de la que no hemos extraído la atmósfera. ¿Qué sucede una vez tapada sin esta precaución? Que el tiempo empieza á ejercer su influencia y á verificar su obra. En primer lugar se adhieren a las paredes del bote unas moléculas que, aglomeradas y solidificadas concluirían á fuerza de años por petrificarse y en cuyas substancias encontraríamos los gérmenes minerales de las rocas primitivas. Después observamos que el jugo se cubre de una especie de verdín que no es otra cosa que la vegetación rudimentaria. Y por último los infusorios del vapor de agua vivificados, reproducidos y desarrollados agusanan la conserva enriqueciéndola con las múltiples variantes del reino animal. ¿Puede aún dudarse que la atmósfera es el tiempo?

Pues volvamos la oración por pasiva. Supongamos que hemos extraído el aire y que abrimos la lata cien años después de haberla tapado. ¿Qué vemos? Los pimientos en perfecto estado de conservación sin que el tiempo haya pasado por ellos; luego si la acción atmosférica debió destruirlos ó metamorfosearlos y la falta de esta acción los ha mantenido en su completa integridad, es indudable que lo que nos comemos cien años después, es la vida vegetal de una centuria antes y que por consiguiente retrogradamos un siglo. Más claro. No hemos extraído el aire de la lata y la abrimos en el momento en que la descomposición empieza; si tomamos una cuchara y con ella empezamos á quitar las capas de moho que envuelven los pimientos, su rojizo color, aún no alterado, concluirá por descubrirse á través de las injurias de la atmósfera. Pues esta es la teoría del tiempo. Muy joven el mundo todavía para que el fuego central haya desaparecido, se halla no obstante cubierto de esas películas de moho que el Anacronópete va á desenvolver con el auxilio de cuatro grandes cucharas ó aparatos neumáticos fijos en sus extremos angulares; con los que, no sólo des-

compongo las miserables veinte leguas de gases que circundan el esferóide en capas concéntricas, sino que al desalojarlas logro navegar en el vacío impidiendo que mi vehículo se inflame con la frotación atmosférica. Porque, volviendo á los símiles: la atmósfera no es más que una aglomeración de átomos imperceptibles, del mismo modo que una playa no es otra cosa que la reunión de millones de granos de arena. Ó si la queremos más perceptible, la atmósfera es una vastísima plaza pública llena de gente en un día de revolución. Si un hombre temerario é inerme se empeñara en llevar corriendo un parte de un extremo á otro contra la oposición de la atmósfera popular, sucedería que empellón de aquí, tirón de allá, resistencia de todas partes, perecería sin remedio entre las ondas de aquel revuelto piélago, como el Anacronópete acabaría por desaparecer abrasado en su carrera en razón de la frotación y el movimiento.

Pero ¿ qué hace un gobernador prudente representado en esta circunstancia por la ciencia ? Le da un caballo al encargado de llevar el parte (la electricidad aplicada al Anacronópete), le rodea de un piquete de caballería (los cuatro aparatos neumáticos), y les ordena que, lanza en ristre, desemboquen por una de las calles adyacentes. El fenómeno que se opera es de todos conocido. Los átomos se dispersan delante de los lanceros; las moléculas que quedan atrás tratan de llenar el hueco originado por el desalojamiento ó sea la dispersión; pero, como la caballería camina con más velocidad que los amotinados de la retaguardia y los de delante huyen fuera del alcance de las picas, los grupos desaparecen, y el parte, libre de toda fuerza de resistencia llega á feliz término sin obstáculo alguno galopando por el vacío que le van abriendo las lanzas del escuadrón.

El auditorio delirante iba á prorrumpir en una entusiasta exclamación; pero se detuvo al ver que el in-

terruptor volvía á ponerse de pié, y encarándose con el disertante exclamaba:

—No sin temor voy á exponer una duda.

—Escucho—dijo el sabio.

—Si por ese procedimiento, que no admite refutación, camina uno hacia atrás en el tiempo: ¿no sucederá que á medida que el anacronóbata pierda años, se vaya volviendo más joven?

—Indudablemente.

Aquí la sensación del bello sexo se tradujo en un grito de alegría.

—¿De modo que el viajero acabará por no existir á fuerza de irse achicando?

—Eso es lo que acontecería si la ciencia no lo hubiera previsto todo.

—¿Y cómo neutraliza su señoría esos efectos?

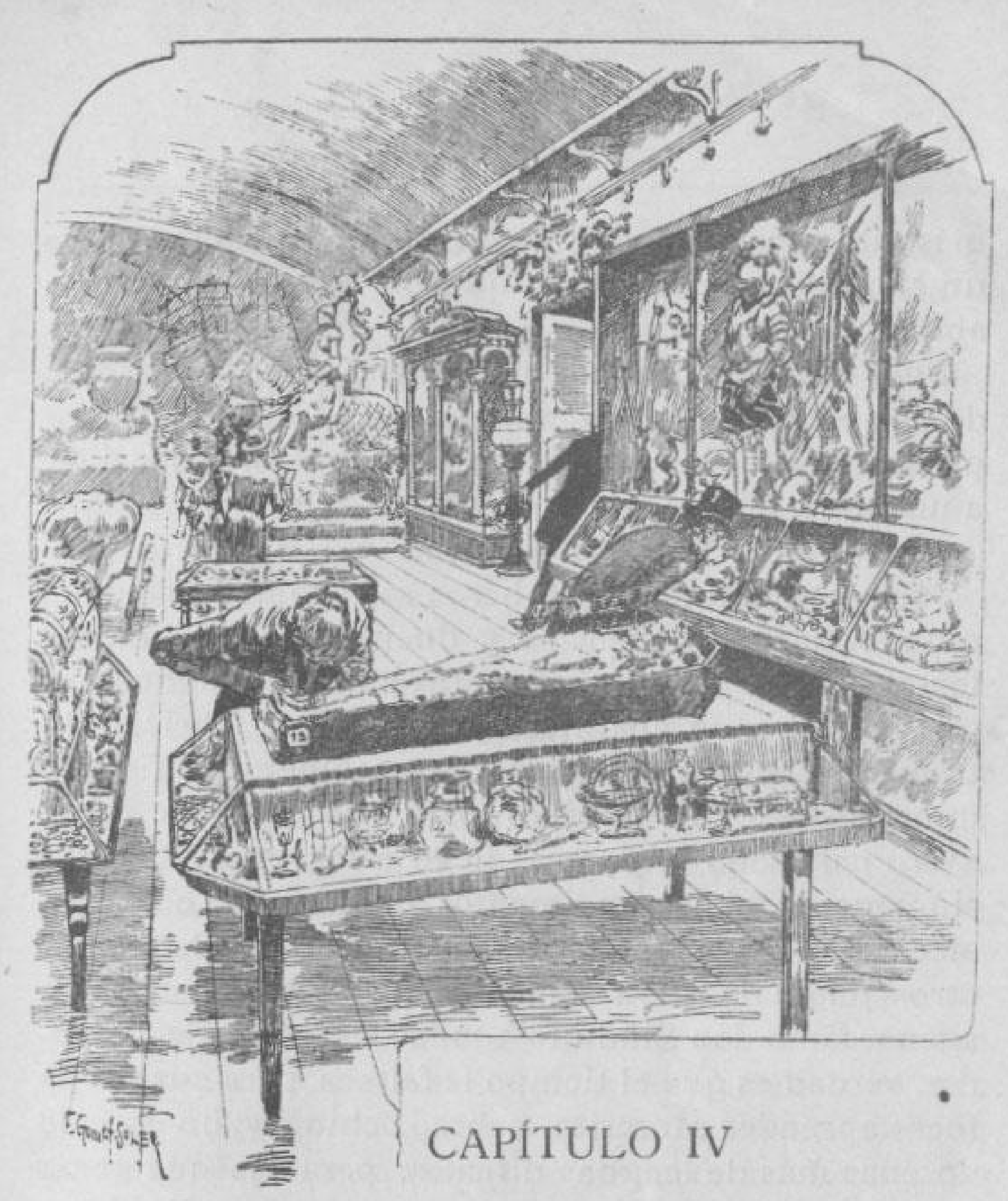
—Muy sencillamente: haciéndome inalterable merced á unas corrientes de un fluido de mi invención. ¿No camino yo hacia el pasado? Pues así como pueden guardarse sardinas frescas para el porvenir, me garantizo del ayer que constituye mi mañana. Es el procedimiento de las conservas alimenticias aplicado á la vida animal con el efecto invertido. Y esto sentado, permítaseme poner punto final á mi conferencia, pues avanzan las horas y me urge tener esta noche una entrevista con Felipe II para enterarme de si el pastelero de Madrigal fué ó no positivamente el rey portugués cuya desaparición dejará de ser en breve uno de los misterios de la historia.

Un diluvio de hurras se desencadenó en la sala. Los hombres lanzaban al aire sus tricornios y sus sombreros; las señoras cubrían de flores la tribuna del orador, y el órgano, ejecutando una marcha compuesta para aquella solemnidad, lograba á duras penas dejarse oir entre las frenéticas vociferaciones del desbordamiento público.

Por fin, nuestro ilustre compatriota, rodeado del

congreso científico y seguido de la multitud consiguió llegar á la puerta ; y, dando allí un viva al *atrás* como nuevo grito de la civilización, atravesó la balaustrada, descendió la colina del Trocadero y se encaminó al Anacronópete que majestuoso descansaba su inmensa mole en la explanada del palacio del campo de Marte.





CAPÍTULO IV

En el que se tratan asuntos de familia

Los grandes efectos no son siempre el resultado de grandes causas. Ahí tenemos sino las guerras del Peloponeso á las que la historia atribuye una razón eminentemente política y que sin embargo debieron su origen al rapto que de tres doncellas educandas de Aspasia, hicieron unos habitantes de Megara, jóvenes de buen humor, sin contar que la cosa no había de ser del agrado de Pericles—de quien dicen malas lenguas si tenía ó no tenía que ver con la profesora.—Y paréceme á mí que sí que le gustaba al hombre porque, cuando acusada de impiedad él se encargó de su defensa, no supo hacer

más que cubrirse el rostro con el manto y llorar como un chiquillo en el Pnix; lo que por cierto le valió la absolución á la buena discípula de Anaxágoras.

Pues bien, erudición á un lado, tampoco el invento de don Sindulfo era debido, como lo parecía, á su amor por la ciencia; sino á un interés doméstico, mejor diré, á una mira puramente personal.

Cuatro palabras sobre su vida.

Muy joven aún nuestro héroe se encontró solo en el mundo, doctor en ciencias y dueño de una inmensa fortuna cuyos rendimientos invertía, anualmente y casi íntegros, en aparatos de las mejores fábricas extranjeras con que enriquecer su gabinete de física y mineralogía. Tan pródigo para sus estudios como avaro para todo lo demás, llegó á los cuarenta años sin conocer ni los rudimentos del amor. Todas sus afecciones se concretaban en su amistad por Benjamín, otro sabiote dos lustros menor que él, pero casi tan ageno como don Sindulfo á todas las cosas de la tierra; verdad es que el tiempo le faltaba para cuanto no fuese aprender sanscrito, hebreo, chino y un par de docenas más de lenguas difíciles, para las que tenía una aptitud sin igual. Aunque no habitaban la misma casa, puede decirse que vivían juntos, pues Benjamín no abandonaba la de García en la que diariamente podía contar con su plato de cocido á las dos y su guisado á las ocho, en virtud de lo cual Benjamín, que era pobre, resolvía el problema de ahorrar sin tener, y don Sindulfo encontraba un estómago agradecido que soportase sus impertinencias.

Los periódicos de Zaragoza, como todos los de la Península, amanecieron una mañana anunciando la venta del museo de un célebre arqueólogo de Madrid fallecido pocas semanas antes; y como Benjamín, á quien no se le cocía el pan en el cuerpo cuando de cosas antiguas se trataba, manifestase deseos de adquirir algunas baratijas, su amigo le procuró la ocasión

decidiendo trasladarse ambos á la corte de las Españas, y poniendo á disposición del anticuario su bolsillo y sus conocimientos.

Dicho y hecho: llegaron á Madrid, tomaron un cuarto común en las Peninsulares y el día de la venta se trasladaron al gabinete del coleccionador. Benjamín lo hubiera comprado todo á haber tenido dinero; pero se contuvo ante su pobreza y aun fué preciso que don Sindulfo le aguijoneara para hacerse con algunos ejemplares. La verdad es que se necesitaba ser un santo para no quitárselo de la boca, por ser dueño de aquel cúmulo de maravillas. Allí en un estuche de cuero y en estado fósil se encontraba el ojo que Aníbal perdió en el sitio de Sagunto: á su lado se erguía la punta del cuerno del buey Apis: un poco más allá reposaba una carabina llena de moho que, por haberse encontrado cargada con cañamones, se suponía que fuese la de Ambrosio que hasta entonces se había tenido por legendaria. Pero como los precios no estaban al alcance de todas las fortunas, Benjamín tuvo que reducir sus aspiraciones y concretarse á la adquisición de una medalla relativamente importante. El tiempo había corroído parte de la inscripción; pero lo que de ella podía aún leerse que era esto:

SERV C POMP PR

JO HONOR

no dejaba duda acerca del origen que el catálogo le atribuía suponiéndola tributo conmemorativo de Servio Cayo prefecto de Pompeya en honor de Júpiter.

Ya iban á abandonar el museo cuando llamó la atención del absorto aficionado el ínfimo precio en que estaba tasada una momia de carácter particular. Y en efecto, ni el sarcófago tenía la forma egipcia, ni el procedimiento por que aquel cadáver había sido

embalsamado era el que, según Herodoto, se practicaba en Tebas y Memfis abriendo el pecho con una aguzada piedra de Etiopía para sacar el ventrículo y rellenar el vientre con mirra, casia y vino de palmera. Tampoco se había obtenido la momificación con la resina llamada *Katran* por los árabes, extraída á fuego vivo de un arbusto muy abundante en las orillas del mar Rojo, la Siria y la Arabia feliz, como lo consigna el coronel Bagnole. Su acartonamiento parecía obra natural; pues, sobre no tener huella de incisión alguna, ni estaba envuelta en las tradicionales bandas, ni, falta de depresiones, podía decirse que hubiera sido fajada nunca. El catálogo decía modestamente: «Momia de origen desconocido;» y esta ausencia de abolengo ó de historia es lo que la hacía despreciable para los que de ordinario sólo se pagan de genealogías apócrifas las más veces.

Benjamín, con su espíritu observador, puso sus cinco sentidos en el estudio de los menores detalles; y fijándose en una ajorca ó argolla de metal adaptada en el tobillo derecho y sobre la que campeaba una inscripción china — que el vulgo había tomado por un adorno,—no pudo reprimir un grito de sorpresa.

—¿Qué es eso?—le preguntó don Sindulfo.

—Acabo de hacer un descubrimiento prodigioso.

— ¿Cuál?

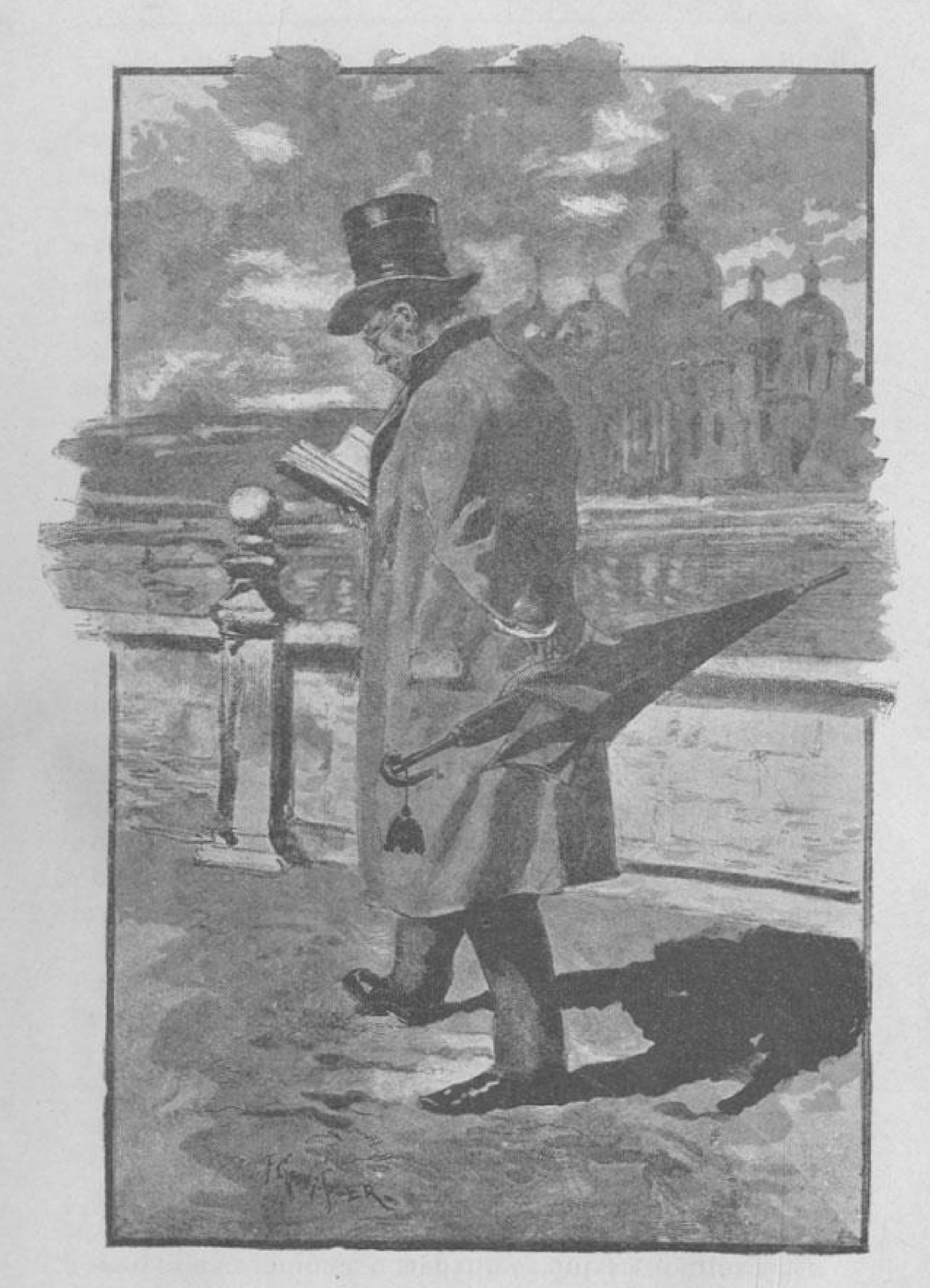
—Oiga usted lo que dice esta inscripción. «Yo soy la esposa del emperador Hien-ti, enterrada viva por haber pretendido poseer el secreto de ser inmortal.»

—¡Hien-ti!—exclamó don Sindulfo partícipe ya del entusiasmo de su amigo.—¿El último vástago de la dinastía de los Han?

Destronado en el siglo tercero de la era cristiana por Tsao-pi, fundador de la dinastía de los Ouei.

—Es decir...

—Es decir que ese pueblo, cuna de la civilización del resto del mundo, poseía, sino el secreto de la inmorta-



Don Sindulfo

lidad, por lo menos el de la longevidad fabulosa de los tiempos patriarcales.

Don Sindulfo, sin esperar nuevas explicaciones, sacó su cartera y extendió una orden de pago contra su banquero, encargando el transporte á las Peninsulares de los objetos adquiridos, entre los que figuraba otro hallazgo hecho á última hora y consistente en un hueso petrificado, que tuvieron que pagar á peso de oro, pues se trataba nada menos, según el inventario, de una canilla de hombre fósil descubierta en las inmediaciones de Chartres, en unos terrenos de la época terciaria.

Los dos inseparables no pensaban más que en los preparativos de regreso á Zaragoza para entregarse de lleno á sus investigaciones científicas. Pero un garbanzo interpuesto en su camino cambió de fase la majestuosa monotonía de su existencia. Al ir por la tarde á liquidar y despedirse del banquero, fornido zamorano viudo y enriquecido durante la primera guerra civil con la empresa de suministros para el ejército leal, hubo aquello de:

—¿Y qué tal los tratan á ustedes en la fonda?

—Mal; comida francesa con la que nunca sabe uno lo que se mete en el estómago. Nos vamos de Madrid sin probar un cocido á la usanza de Castilla.

Y lo de:

—Pues hoy satisfarán ustedes su capricho; porque precisamente acabo de recibir unos garbanzos de Fuente-Saúco que ni de manteca serían más tiernos.

—Que eso sería mucha incomodidad.

—Que no.

—Que sí.

—Que torna.

—Que daca.

El resultado es que se quedaron á comer con el banquero, el cual banquero tenía una hija; la cual hija era muda; pero, aunque no le faltaba más que la palabra

para hablar, á ella no se le quedaba nada por decir, que con piés y manos todo lo daba á entender. Yo no sé cuál de estos aparatos locutorios es el que ella puso más en juego durante la comida; lo cierto es que á los postres, don Sindulfo que ocupaba su derecha, estaba á pesar de sus cuarenta años enamorado ya de la chica como un cadete. Por supuesto que todo se lo merecía la hija de su padre, pues no había línea en su cuerpo que no alcanzase el máximo de curva, ni facción que no incitase á cualquiera á ser Espartero no sólo para perseguirlas como en Bilbao sino para abrazarlas como en Vergara.

El viaje se suspendió; las visitas se repitieron; la necesidad de no tener los aparatos físicos encomendados á manos mercenarias para su conservación sirvió á don Sindulfo de tema con Benjamín sobre la conveniencia del matrimonio: el asentimiento de éste alentó al sabio, la demanda fué hecha en debida forma; y el banquero, que siempre tenía garbanzos del Saúco que probar cada vez que se le ponía á tiro un hombre en estado de merecer, dijo que sí con la alegría del enfermo á quien se le resuelve un tumor. La muchacha no hay que consignar si recibió bien la noticia, pues sabido es que tratándose de matrimonio hasta las mudas se alegran.

Estipulóse la dote que fué pingüe, dispusiéronse los regalos de boda, y como entre las condiciones figuraba la de residir en Madrid, los sabios se volvieron á Zaragoza para empaquetar convenientemente el laboratorio. Un mes después, marido, mujer y amigo, se instalaban en la calle de los Tres Peces de la coronada villa.

Mamerta, que así se llamaba la señora de García, salió de un natural excelente; porque el que gustase más de estar con Benjamín que con su marido, nada tenía de particular, si se considera que aquél en su calidad de políglota la enseñaba á hablar por señas en

varias lenguas diferentes, mientras que don Sindulfo aun en la suya propia no conseguía hacerse entender; y las mujeres se pirran porque les dén conversación. También se le iban los ojos detrás de los uniformes; pero don Sindulfo, comprendiendo que este es achaque de muchachas, se ponía de cuando en cuando el de nacional de caballería que usó en el bienio, y la dejaba tan contenta. El único defecto que tenía era el de no podérsela contrariar. Al instante le daba un ataque de nervios que se traducía en una serie de cachetes descargados sobre el occipucio de su marido, en gracia de cuya conservación el hombre tuvo por prudente dejarle hacer su voluntad en adelante para no excitar, decía, su sistema nervioso. Otra particularidad suya digna de notarse es que en cuanto veía una aguja enhebrada, se desmayaba; lo que, á pesar de sus buenos propósitos, la impedía ocuparse de los quehaceres domésticos. Pasábase pues el día poniéndose moños en el tocador, haciendo señas con Benjamín ó tañendo á la guitarra una cosa que nadie le había enseñado ni nadie podía entender; pero que ella reproducía siempre invariablemente con el mismo ritmo, idénticas modulaciones y análogos efectos: romper el tímpano de los que la oían.

Y así se deslizaron seis meses llenos de paz y de ventura para aquella trinidad; tras de los cuales vino el verano y con este los baños de mar, que el banquero tomaba en Biarritz para enflaquecer, sin lograrlo nunca, acompañado de su hija á quien se los propinaban para adquirir carnes, sin conseguirlo tampoco. Visto pues que Mamerta, a pesar del matrimonio, no engordaba, se decidió que aquel año iría con su padre, como de costumbre, á ponerse en remojo en la playa favorita de la emperatriz. Llegaron y se zambulleron; pero, con tan mala suerte, que el banquero mientras hacía una habilidad tuvo un vahido y se ahogó. Su hija pidió auxilio por señas; el bote de salvamento

acudió como un rehilete; la muchacha no anduvo bastante lista en evitarlo y, dándole en la nuca con la proa, en vez de uno fueron dos los cadáveres que sacó á la orilla. Con lo que, como el padre había sido la primera víctima y Mamerta tenía hecho testamento en favor de su esposo, don Sindulfo se encontró poseedor de una fortuna considerable que unida á sus bienes le permitía emular la fama de Creso.

«Bien vengas mal si vienes solo» dice el refrán; y nunca proverbio tuvo más exacta aplicación, pues desde entonces empezaron las tribulaciones de nuestro sabio, si bien pueden darse todas por bien sufridas en gracia de los beneficios que reportaron á la ciencia.

Murió también por aquel entonces una hermana de don Sindulfo, tan rica como él, viuda de luengos años y madre de un tierno pimpollo de quince primaveras que respondía al nombre de Clara. Al dejar esta tierra, en la de Pinto, donde residía, nombró tutor de la niña á su hermano, después de dejarle su manda correspondiente, sin otra condición que la de no separar en vida á la huérfana de una mozuela, cuatro años mayor que Clara, con quien ésta se había criado y á quien, no obstante la condición humilde de Juanita—pues no pasaba de ser una criada suya—quería entrañablemente.

La viudez que lloraba nuestro sabio, sus aficiones que le incitaban á la soledad, las circunstancias que le atraían al retiro le indujeron á cambiar de residencia, y los dos inseparables con sus retortas y crisoles, sus pluviómetros y brújulas, sus pedruscos y sus fósiles, fueron á sepultarse en Pinto entre la inocente sencillez de Clara y las inocentes ocurrencias de Juanita que, hija de la tierra—sin dejar de serlo de su padre y de su madre, difuntos—largaba una fresca al lucero del alba en ese tono mayor que usa la gente de Madrid abandonada á su natural instinto. Los sabios

no le entraron á la Maritornes por el ojo derecho y ya principió por regalarle á cada uno su mote. Á don Sindulfo le llamaba *el tío Pichichi* y al profesor de lenguas *el locutorio*.

Pero ¡oh fragilidad de las cosas humanas! Aquel hombre que llegara hasta los cuarenta años sin experimentar la atracción de las hijas de Eva, no necesitó más que seis meses de consorcio para no saber ya resistir á la influencia de su imán. Desconociendo que su caso con la muda había sido una chanca matrimonial cedida al primer postor, llegó á figurarse que su cara era moneda de buena ley para adquirir á tan bajo precio artículos no averiados, y siempre se la estaba poniendo delante á su sobrina que, inocente y cariñosa, la contemplaba sin ver en ella más que una cara de tío.

Estimulado por lo que nuestro héroe juzgaba el triunfo de sus atractivos y secundado por las sugestiones de Benjamín, siempre dispuesto á lisonjear las debilidades de su protector, un día al cabo de algunos meses don Sindulfo se decidió á declarar á su pupila su atrevido pensamiento, lo que le valió una negativa rotunda, si bien regada con amargo llanto de Clara que no se resolvía á explicar el motivo de su oposición.

—¡Hombre de Dios! venga usté acá—le dijo Juanita saliendo al encuentro de su amo al enterarse de lo ocurrido. — Hágame usté el favor de mirarse las arrugas delante de ese espejo: ¿Cree usté que á mi señorita le ha de gustar casarse con un fuelle?

—¡Deslenguada!—gritó don Sindulfo ciego de cólera.—No dés lugar á que te ponga en el arroyo.

—¿Á mí? Ni usté ni nadie. Estoy aquí por la voluntad de la *testaora* y me defiende la curia. Yo soy una criada ante escribano.

—Pero ¿en qué se funda para desahuciarme?—preguntó el tutor en tono humilde, probando si por la dulzura sacaba mejor partido.

—Pues *miste;* finalmente, que á la señorita y á mí no nos da por la *cencia* sino por la *melicia.*

—¿Cómo?

—Que ella quiere retemucho á su primo don Luís el capitán de húsares, y yo á su asistente Pendencia; que dentro de tres días llegarán de guarnición á Madrid, y que si nos viene usted con retruécanos verá usted el escabeche de sabio que resulta.

Aquella revelación, confirmada por su sobrina, fué el golpe de gracia para don Sindulfo, cuya pasión alcanzó el período álgido aguijoneada por los celos. El capitán, más enamorado que nunca de su prima, llegó efectivamente á la corte una semana después, y dos horas más tarde se personaba en Pinto; pero la puerta de la casa le fué herméticamente cerrada por don Sindulfo con la intimación de no volver á poner allí los piés so pena de desheredarle. El primer impulso de Luís fué pedir amparo á la justicia contra la arbitrariedad del despiadado tutor; pero ni Clara tenía la edad legal para que el juez supliese el disenso paterno, ni aun teniéndola hubiera ella contrariado la última voluntad de su madre por la que le obligó á no tomar marido que no fuese de la aprobación de don Sindulfo.

Preciso fué por lo tanto sufrir y esperar. Cuando se quiere y se es querido, todo se soporta con resignación. Pero desde aquel punto la casa fué un infierno, pues las cartas iban y venían por conducto del asistente y de la Maritornes, y al sabio todo se le volvía vigilar sin fruto y enflaquecer sin resultado.

—¡Oh!—exclamaba el infeliz en su desesperación.—¿Por qué se habrán liberalizado tanto las leyes? Dichosos tiempos aquellos en que un tutor tenía derecho de imponerse á su pupila. ¿Quién pudiera transportarse á aquella época, mal llamada de oscurantismo, en que el respeto y la obediencia á los superiores

constituían la base de la sociedad? ¡Si yo pudiese retrogradar en los siglos!

—¡Ojalá Dios! contestaba Benjamín haciéndole el dúo. De ese modo podríamos caer sobre China en el imperio de Hien-ti y aclarar ese enigma iniciado por la momia, para cuya interpretación he leído inútilmente cuantos historiógrafos han escrito sobre los sectarios de Confucio y Mencio.

Esta idea predominante en ambos llegó á tomar en ellos las proporciones de una monomanía. El políglota soñaba en chino y su colega se pasaba la existencia extrayendo aire de los recipientes con la máquina neumática, para su análisis y descomposición. Pero todo fué inútil hasta que la Providencia—que quiso en este caso como en la mayor parte de los descubrimientos, disfrazarse de casualidad—vino inesperadamente en su ayuda.

Cierta tarde en que el nuevo don Bartolo, impulsado por sus celos penetró de puntillas en la cocina con el fin de sorprender á las palomas, que huyendo del gavilán se refugiaban casi siempre en el fogón, halló á Juanita deletreando una carta de Pendencia, que ella se guardó precipitadamente donde sabía que don Sindulfo no se la había de coger.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó.

—Instruyéndome—le dijo ella sin inmutarse.

—Más valdría que te entretuvieses en limpiar la chimenea que tiene un palmo de hollín y un regimiento de telarañas.

—Y la creación entera encontrará usted ahí. Eso es la obra del tiempo. Si puede que desde que usted ha nacido no le hayan pasado un escobón.

Don Sindulfo, que tenía un cuchillo á mano, lo blandió con ánimo sin duda de cometer un homicidio; pero deteniéndose oportunamente se puso á rascar con él la campana del hogar como para paliar su arrebato.

—Pues entretente—añadió—en quitar las capas de basura y verás cómo consigues sacar á luz los hornillos.

—¡Ay! No me haga usté reir. Pues si eso fuera posible ya se hubiera usted puesto como nuevo rascándose con un cuchillo las capas de años que le sobran.

Don Sindulfo se las iba á echar de matón; pero una idea súbita cruzó por su mente y se quedó en un pié como las grullas y en la actitud de Caín al oir al Señor preguntarle: «¿Qué has hecho de tu hermano?» Aquel sér vulgar sin la menor noción científica acababa de iniciarle en la solución del problema que perseguía con tanto empeño.

Desde aquel instante puso manos á la obra. La física, las matemáticas, la geología, la dinámica, la mecánica, el cálculo sublime, la meteorología, todo el saber humano en fin, espoleado por su amor y azotado por sus celos, le abrió sus más recónditos enigmas, y reduciendo a una fórmula su maravillosa invención, sentó el axioma de que retrogradar en los siglos no era otra cosa que deshollinar el tiempo.

Algunos años, todo su capital y gran parte del de su sobrina, se invirtieron en la construcción del Anacronópete. Entre tanto los novios esperaban pacientemente y aventuraban, aunque en vano, alguna tentativa de transacción. Don Sindulfo ejercía cada vez mayor vigilancia, ocultaba á todos, excepto á Benjamín, el trabajo que le absorbía y daba rienda suelta a su pasión con la ilusoria esperanza de la victoria.

La terminación del aparato, coincidiendo con la apertura de la Exposición Universal de 1878, permitió por fin que un día se cargasen varios wagones con todas sus piezas desmontadas; y, encajonados en un coche de primera el inventor, su amigo, la sobrina y el sinapismo de la criada, emprendieron todos súbitamente el camino de París, donde el enamorado tutor se proponía, libre de las persecuciones del húsar,

realizar su sueño; lo que no consiguió nunca, como verá el lector que con paciencia quiera seguir el curso de este increíble relato.

